

una parodia involuntaria de otra célebre manifestación popular sometida por la fuerza en nuestra historia real e imaginaria. Quizá no esté de más aclarar que tras la disolución de la marcha, el joven abogado huye, toma su carro y se va a la Clínica del Country.

Por otro lado, hay que decir que al libro no le colaboran la multitud de erratas y neologismos. Éstos evidencian el descuido estilístico del autor y la falta de pericia de la Editorial, aunque tras la Editorial Escarabajo parece esconderse una vergonzante autoedición. Como se ha sugerido, son dos los grandes temas de *Unos duermen, otros no*; el primero tiene que ver con el trabajo, el despotismo patronal y el comienzo de la vida laboral de un joven y su rol social de pequeño funcionario. El segundo con un drama más humano, el duelo de una familia y el de una ciudad víctimas del terrorismo. El estilo narrativo es liso y llano. Su simpleza evidencia la falta de atención en el lenguaje, que se caracteriza por la ausencia de adjetivación y de juicios. En donde se percibe un trabajo más acertado con el lenguaje es en la construcción de los diálogos, de hecho, éstos dominan buena parte de la historia. A pesar de ello, el interés del autor parece ser más argumental que expresivo. Hay mayor concentración en contar unos hechos que esmero en decidir la forma de contarlos. Es así como las acciones se encadenan y los verbos se suceden sin ilación suficiente. Puede parecer que la historia está narrada por un abogado, cuyo estilo es más jurídico que literario. Por lo anterior, más que una creación verbal, artística o de la imaginación, la novela se presenta como un memorial de hechos y acciones; se asiste a la relación pormenorizada y coherente de los hechos en su lógica relación causa-efecto sin el concurso de la prosodia literaria. En síntesis, el estilo consiste en la narración de acciones, sin adjetivación, pero con buenos diálogos.

Infelizmente, *Unos duermen, otros no* es gas lacrimógeno que un autor dispara: huye el lector

sin ganas de atracar de nuevo en esa literatura. Más allá de la etiqueta de realista es imposible poner otra a esta novela. Un proletario ilustrado de viernes de *jean day* que encarna la más típica ilusión de las pequeñas burguesías: casa, carro, beca... y un misterio flojo.

CARLOS SOLER

No dejamos descansar ni a nuestros muertos

La agonía erótica de Bolívar, el amor y la muerte

Víctor Paz Otero

Villegas Editores, Bogotá, 2005, 143 págs.

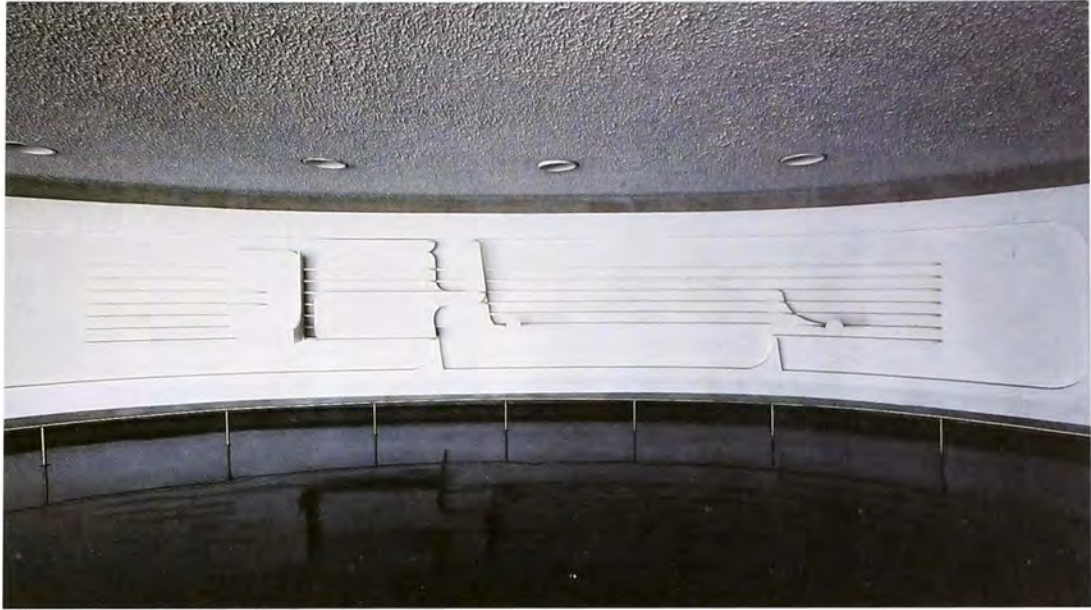
Podría decirse que *La agonía erótica de Bolívar, el amor y la muerte* de Víctor Paz Otero (Popayán, 1945) es uno de aquellos homenajes en los que no sabemos si sentirnos halagados u ofendidos. Aquí el relato metahistórico es el comodín para “sesenta y un textos imaginados”, llenos de una empalagosa prosa que se nos quiere vender desde la carátula del libro como poética. Causa gracia leer las pomposas notas de solapa escritas en el mismo tono que las cartas de ese Bolívar ‘imaginado’, cosas como “iluminada por la experiencia desgarradora de la muerte”, o “esta obra es un deslumbramiento, una arrasadora tormenta de belleza triste [...] La dimensión y la visión poética de Bolívar alcanzan el éxtasis profético y político en el umbral de la muerte”. Alguien, quien quiera que sea, dice que Paz Otero posee una “lucidez privilegiada”, narrando “con la más profunda y estremecida belleza, una ‘epopeya íntima’ sobre lo que es y ha sido nuestro trágico y confuso destino”. Palabras más, palabras menos, Paz Otero admira mucho a Paz Otero. Luego, sin tener que empezar con

la lectura, sería conveniente saltar a su biografía donde se consignan algunas impresiones que, en lo personal, me hacen desconfiar mucho más del valor del ‘epistolario poético’: “[...] nació bajo el signo tormentoso de Leo [...], Escribe novela, poesía, ensayo y otras cosas. Y explora el universo de la pintura [...]. A veces es profesor universitario. Vive en una montaña, en un lugar llamado ‘La Metáfora’”. Sucede que, aún queriendo romper con *aquellas* ‘acartonadas’ notas biográficas, Paz Otero está ya algo grandecito para jugar al poeta adolescente en brega con el canon editorial. Compruebo, eso sí, que todo encaja, todo se hace más claro, al entrar en las tan anunciadas cartas de Bolívar escritas por su médium, Víctor Paz Otero.



Para empezar, encuentro en *La agonía erótica de Bolívar, el amor y la muerte* un exagerado alambicamiento que rompe con la ficción metahistórica y nos hace pensar no más que en su autor original, el poeta que vive en un lugar llamado La Metáfora. Se constata el tono rimbombante de los textos de época, pero se exagera un poco, la fórmula del ornato estético se sale de cauce. No por tratarse de un moribundo ‘casi desterrado’, que recorre la geografía colombiana y escribe hasta el momento de su muerte, Bolívar ha de ser convertido en una caricatura romántica, algo así como un Chopin estragado por la peor poesía y la tisis. Más bien, y ya que se ha tomado

Arte en espacio público



EDUARDO RAMÍREZ VILLAMIZAR
1965
Mural horizontal
Biblioteca Luis Ángel Arango, piso 1, Bogotá



ARMANDO VILLEGAS LÓPEZ
1958
Composición
Banco de la República, edificio anexo, piso 1, Bogotá



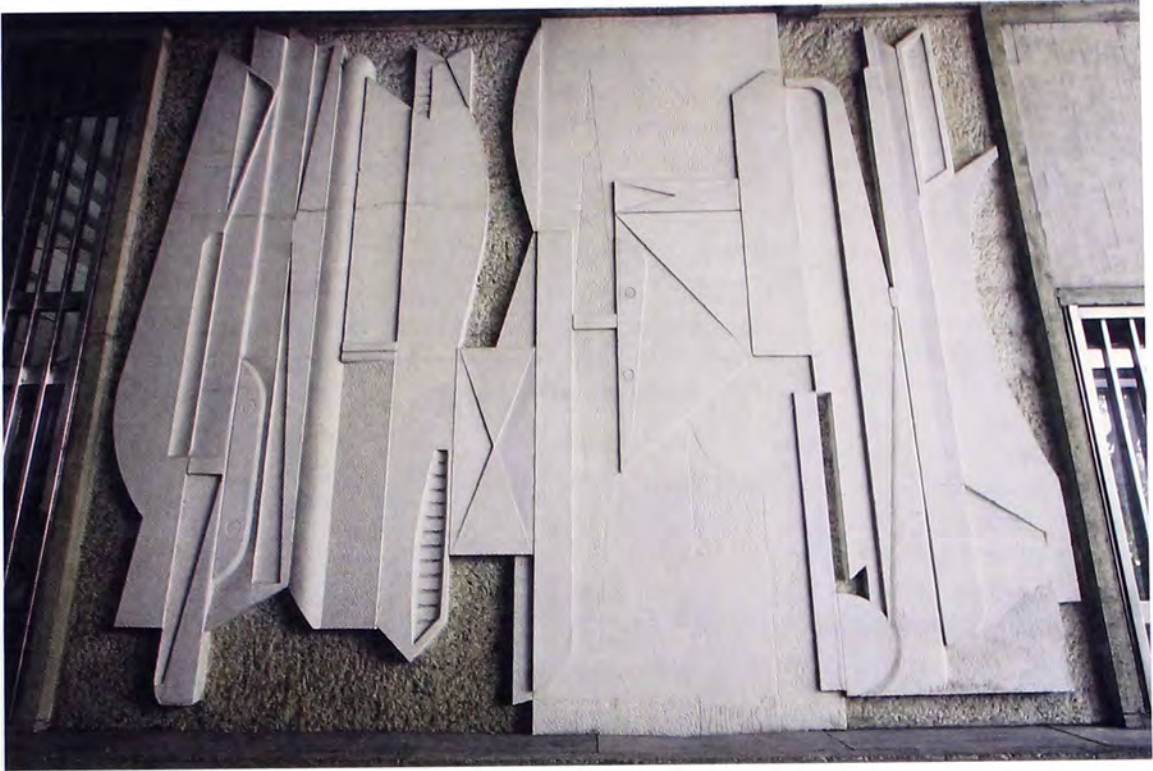
AUTOR DESCONOCIDO
1967
Sin título
Banco de la República, Neiva



VICO CONSORTI
1954
Relieves en mármol
Fachada Banco de la República, edificio principal, Bogotá



LUCY TEJADA
S. F.
Guaca rica, guaca pobre
Banco de la República, Pereira



ARMANDO VILLEGAS LÓPEZ

1958

Sin título

Banco de la República, edificio anexo, rampa parqueadero, Bogotá



IGNACIO GÓMEZ JARAMILLO

1958

Bachué (tríptico)

Museo del Oro, piso 5, Bogotá

JULIO FAJARDO
1957
Mujer
Banco de la República, Sincelejo



ALEJANDRO OBREGÓN
1956
Sin título
Biblioteca Luis Ángel Arango, piso 2, Bogotá

por parapeto la última etapa de la vida del Libertador, valdría la pena novelar con base en los documentos que dan fe de la enfermedad que le llevó a la muerte, un poco como justificación más acorde con las cartas de amor que se van consignado con algo de rigor cronológico. Paz Otero tiene en cuenta al final de su libro la presencia del doctor de Bolívar, su médico de cabecera, Alejandro Próspero Révérend, pero lo hace sin mucho esfuerzo, manteniendo la inclusión de personajes apenas como una garantía de su investigación y de la identidad de Simón Bolívar como autor de sus cartas. Trae a cuento asuntos históricos consignándolos como anécdotas a medida que su perorata de amor se precipita. Para colmo, Paz Otero inventa un Bolívar a todas horas exclamativo, un héroe gobernado por la demagogia que constantemente hace de sus padecimientos una excusa para arengar —¡Cómo me sigue doliendo esta desventurada patria! (pág. 96) y expresarse con poemillas saturados de adjetivos:

Continúa inexorable y despiadada el proceso de mi disolución, Manuela. Y aún estoy en este lugar llamado soledad y el mes de noviembre ya se está envejeciendo. El calor multiplica mis podredumbres y mis fastidios. La mayor parte de las horas las paso echado sobre mi lecho. La debilidad es extrema, como extremo es el dolor en el cuerpo y en todas partes, pero a veces se desgasta doliéndome, y entonces llegan horas misteriosas y sosegadas donde me devora la irrealidad y donde mis pensamientos se dulcifican y congratulan, al convertirse en recuerdos que son tibios y amables como tu piel. [pág. 97]

Hay en el libro una gran cantidad de ‘delirios’ poéticos que hacen visible la ingenuidad de Paz Otero a la hora de remedar el tono de Bolívar: a Manuela la atiborra de calificativos espantosos —derrochadora, volcánica, arbitraria, carnívora, hermosa y demencial doncella, caó-

tica, triunfante, despiadada, etc., etc.—; acude insistentemente a la doble adjetivación¹ y juega a la pantomima al querer subrayar sus padecimientos físicos y morales. “¡Oh, Manuela! Soy un disparatado traficante de delirios. Pero tú, al amarme, me redimes. La noche continúa a mi lado y me susurra, casi me urge a que interrogue mi sangre lentamente, y lentamente la sangre me dice que es la muerte” (pág. 100).



En menos de una página, una suerte de empalagamiento nos acerca a la náusea: un Bolívar “de andanzas y de tumbo en tumbo con su esqueleto viviente”, un enfermo abandonado a su suerte que no cesa de lamentarse y de acudir a la interrogación retórica para comunicar a Manuela su ‘lamentable y patético’ estado:

¿Recuerdas ese tiempo de músicas antiguas y de dolientes crepúsculos cayendo sobre las ventanas de las grandes mansiones? ¿Qué me ocurre, Manuela? ¿Por qué presiento que en la fuga enfermiza de la lluvia toda la eternidad concluye y todo el olvido recomienza? [pág. 104]

Más adelante Paz Otero remata con esta perla:

He recordado, con una nitidez que me estremece, pretéritos y extraños episodios [...], ¿Cómo olvidarlos, Manuela, si la única herida física que permanece en mi cuerpo tiene tus huellas, las punzantes huellas de tus uñas de tigresa enfurecida? [...] La cicatriz que ornamenta mi oreja aún permanece como testimonio inalterable de esa batalla. ¿Lo recuerdas, mi loca amable y violenta? Esa cicatriz que me obsequiaste como consecuencia justificada de tu ira y de tus celos, sin embargo hoy es para mí condecoración y prueba fehaciente de que siempre me has amado con desquiciante vehemencia. [pág. 105]

Se nos hace ya común una primera persona del singular que evoca los hechos de manera parcial y una segunda persona llena de ‘alucinaciones eróticas’ e interjecciones desfasadas que de repente parecen copiar algún disipado párrafo de Corín Tellado:

En ti busqué y hallé una tibia catástrofe de pétalos que recompuso mi alma cuando estuvo vacía. Amé en ti el abismo de tus sueños locos y el abismo de tu pubis negro, donde me enamoré del placer y creí en todos los dioses [...] Amé tus nervios y tus células. Tus enigmas y tus caderas volcánicas. Amé tu desparpajo y tu arrogancia en los que supe dilatar mi quejido de hombre. [pág. 140]

El poema es ya una premisa, las cartas tan solo una excusa para jugar con el lenguaje de manera irresponsable. Parece que no sólo Bolívar delira en medio de su enfermedad sino que además Paz Otero padece de la fiebre y el desajuste mental del moribundo que relata lo ya sabido, el contexto espacio-temporal inherente a los últimos días del Libertador, como se puede ver en cualquier enciclopedia o en los manuscritos de A. P. Révérend. Sobra decir que, aparte de los episodios de hilaridad, las cartas son fieles a la realidad que rodea el lecho de enfermo de Bolí-

var: su travesía y posterior arribo a la ciudad de Santa Marta; los cuidados de su médico; algunos detalles sobre las personas que estuvieron con él; referencias a su testamento y algunas de sus cartas y proclamas; y, en general, datos sobre los pormenores de su enfermedad. Paz Otero se ha documentado bien, el problema es la ficción y la concordancia de ésta con las intenciones del libro.

La agonía erótica de Bolívar, el amor y la muerte puede leerse como un texto poético que a ratos transcribe datos históricos reales, no es tan metahistórico como se quisiera dado que no quebranta los hechos más que para escribir luengas cartas de amor que se apoyan en el padecimiento y que se van escribiendo con linealidad temporal hasta llegada su muerte.

Se nos aclara que Bolívar encomienda la redacción de estas cartas mientras se desvanece en su enfermedad. Lo extraño es encontrar una carta que este dicta justo antes de morir y que parece terminar de escribirse desde el más allá:

Ven, ven que todo es ilusorio. Ven a la difusa luz de este último crepúsculo. Ven, Manuela, que es la una y siete minutos de la tarde y yo acabo de morir y estoy amando. [pág. 143]

Finalmente compruebo en estas cartas aquello que, si ha de creerse en el *revival* de Víctor Paz Otero, pone en serios problemas el propósito —supongo que un homenaje— de esta reconstrucción ‘metahistórica’: se nos hace claro que Simón Bolívar, como escritor de cartas amorosas, fue ante todo un gran libertador. O mejor aún, que Paz Otero debería firmar sus epístolas poéticas sin tener que recurrir a los muertos, dado que ellos ya no pueden ni les interesa defenderse.

CARLOS ANDRÉS
ALMEYDA GÓMEZ

1. Citaré apenas una treintena de ejemplos dado que, de transcribirlos todos, esta nota crítica necesitaría de un Bo-

letín completo: “[...] bajo la luz de una lámpara sutil y bienhechora” (pág. 14); “ocuparme de viscosos y mortificantes asuntos” (pág. 15); “hipocresía senil y enferma” (pág. 17); “ese pensar barato y embaucador” (pág. 17); “amable y calurosa ciudad de Honda” (pág. 19); “el majestuoso y turbio río de La Magdalena” (pág. 22); “como una fiebre deliciosa y desquiciante” (pág. 23); “esos dos personajes anfibios y de pacotilla” (pág. 24); “pequeño y precario consuelo” (pág. 24); “felicidad tenue y silenciosa” (pág. 25); “lo más íntimo y sagrado de mis pensamientos” (pág. 25); “gloria triste y deshilachada la nuestra” (pág. 28); “esquiiva y transitoria esperanza” (pág. 30); “breve e ilusorio tiempo” (pág. 30); “contacto tibio y embrujador de tu carne vibrante” (pág. 33); “grandeza inmovible e inalterable” (pág. 59); “donde se asienta cruel y bárbaramente” (pág. 64); “No sé que pudo convocar la infamia y la muerte de ese incauto y maravilloso hombre que era Sucre” (pág. 64); “como beber un vino enfermo y ácido” (pág. 64); “arrancarme de ese sopor balsámico e ilusorio” (pág. 98); “efímeros y múltiples amores” (pág. 106); “Qué vibraciones balsámicas y maravillosas efluvia la belleza de este sitio (¿?)” (pág. 113); “amanecer turbio e indiferente” (pág. 114); “una extraña y hermosa visión” (pág. 116); “agonía atroz y desesperada” (pág. 119); “mis sufrimientos y mis sórdidas dolencias continúan *en crescendo*” (pág. 121); “y todo es como si resistiese intacto e inmune” (pág. 122); “estoy lleno y trémulo de certidumbres, como si por fin hubiese sido poseído y tomado por el amor” (pág. 128); “estoy fundido y disuelto en la irrealdad” (pág. 134); “cambiantes universos unificados en el esplendor de tu mirada” (pág. 142).

En busca de la primavera, donde *Siempre fue invierno*

Siempre fue invierno

Piedad Bonnett

Alfaguara, Bogotá, 2007, 329 págs.

“¿Qué es mejor, el sobresalto que nace de la insensatez o el tedio al que nos conduce la cordura?”, se cuestiona Franca, la protagonista de

la novela *Siempre fue invierno*, justo en el momento en el que da un paso adelante para rehacer su vida.

Harta de los abusos y atropellos a los que la somete el miedo que ha infundido en ella su marido Lorenzo, decide abandonarlo sin dudas ni remordimientos. Deja atrás una privilegiada posición social, a su pequeño hijo Mateo y, más que nada, esa sensación de estar atada y oprimida, dos cosas que no combinan para nada con el encanto de sus treinta años recién cumplidos y con el hecho de que se sabe hermosa y deseada por todos a su alrededor.



Ejerció como politóloga en una ONG hasta que un buen día, ya casada, empezó a experimentar una mezcla de tedio y deseo de libertad que la hacen dejar su trabajo para dedicarse por un tiempo a su hijo y a algunas de las actividades que solía disfrutar en la adolescencia, lo cual la lleva a sentirse como una desocupada o, más bien, una mujer sin proyecto.

Sin embargo, encuentra un refugio en lo que ella misma llama “lo creativo” y empieza a interesarse por la fotografía y la pintura. Pronto, ambas le dan un nuevo hábito a su plana y muy aburrida vida, de la que ella misma se percata cuando suena en la radio una canción que la hace “nadar en un charco de tristeza, una tristeza que Franca consciente porque pone en su rutina de